

Elixir estomacal

ESTOY triste. Me lagrimea el ojo desorbitado y fiijo y el bigote, ya canoso, amarillea y se humedece más que de costumbre. En vano mi experto en belleza y fotografía me da preparados para teñir-me las canas. Ahí se quedan, sobre la repisa de la chimenea, junto al retrato de la pobre Eva. No me alegra ni siquiera que Von Braun haya venido a pasar unos días a mi lado. Eso dice él, porque lo que es yo no lo veo en todo el día. Le gusta mucho la playa al chico y en lugar de darme cháchara se va a bañar en cuanto puede o me descuido. Pero a pesar de todo es una de las personas que mejor me entiende.

—Está triste, jefe.
—De veras? contesto yo con esa tenue sonrisa que Dios me ha dado y con un breve aleteo en las cuatro pestañas que me quedan en cada ojo.

—Se lo noto yo, jefe.
—¿Y por qué?— pregunto irónicamente, mientras dejo caer la barbilla en mi ancha y abierta mano e



inclino mi cuerpo por la balconada de la silla de ruedas. Esta postura es muy incómoda, pero es la que indica la máxima atención.

Von Braun entonces se anima, y me dice:

—Y, además, sé los motivos, jefe.

—¿Y bien?

Y ahora ya adopto una «pose» de distanciado pero cariñoso interés que le copió a Leslie Howard en la película «La Pimpinela Escarlata». Eva, pobre Eva, cuando quería hacerme enfadar me censuraba ese afán por imitar a Leslie Howard en la intimidad: «¡Chalao! —parece como si la estuviese oyendo—. ¡No te va el papel ni con calzador! ¿Te has mirado en el espejo?».

Eva sentía un amor platónico por Leslie Howard, y yo me corroía. Me pudría en vida. Cuando mis cazas abatieron el avión en el que viajaba aquel gomoso, la prensa internacional especuló sobre la posibilidad de que el motivo del ataque era mi

sospecha de que Churchill viajaba allí. ¡Qué mal informada suele estar la prensa! Yo ordené el derribo del avión consciente de que el objetivo era Leslie Howard, no Winston. Todo se precipitó por culpa de Eva, pobre Eva.

—¡Te odio, jefe! ¡Me iré a Inglaterra, como Hess, y le ofreceré mi amor a Leslie Howard que es más esbelto que tú!

—¡Jamás! ¡Jamás! ¡Maldita veleta!

MI VICTIMA NUCLEAR

Y ordené la muerte de Howard. Cuando Eva se enteró de lo ocurrido quería arañarme. Por suerte, Goering llegó a tiempo, la derribó de un barrigazo y se sentó encima de Eva, pobre Eva. Goering reía como un niño, y es que le gustaba mucho sentarse encima de señoras esbeltas. Puede decirse que era una nueva forma de complacencia que los especialistas en aberraciones no han sabido aprehender en sus más malos compendios. Goering se levantó dos horas después, y tuvimos que hacer la respiración artificial a Eva. No volvía en sí y yo la daba guantazos sin parar. Y no volvía. Von Papel me decía, con su exquisita cortésia diplomática, que si dejaba de abofetearla tal vez volvería del desmayo.

—Querido jefe, tengo la vaga impresión de que cuando está a punto de recuperarse, usted la vuelve a dejar «K. O.» de un guantazo.

Dejé de abofetearla y Eva se recuperó. Estuvo dos años entre la vida y la muerte y finalmente se murió en el «bunker» pocas horas antes de que llegaran los rusos. Según los médicos, Goering había provocado una serie de movimientos de traslación viscerales. Por ejemplo: los intestinos habían buscado desesperada salida por las ingles y el estómago se había convertido en la bolsita del corazón, que a su vez se había trasladado estratégicamente hacia el sobaco izquierdo. En el centro, normalmente ocupado por el estómago, se había producido un vacío que se llenaba con el alimento que metíamos en aquella boca con un embudo. Cuando estaba llena la zona central colocábamos a la pobre Eva boca abajo y la agitábamos para vaciarla.

Muy lamentable.

En fin, los «tics» de Leslie Howard no he podido quitármelos de encima, y Von Braun me los descubre todos, pero no dice nada.

—Jefe —me ha dicho Von Braun hace unas horas—, está usted triste porque va a estallar otra bomba en el Pacífico y usted se la pierde.

No he podido contenerme. Me he echado a llorar.

—¡Yo quiero ir!

—No se ponga así, jefe, que se le va a soltar el alfiler de la subclavia.

—¡Que reviente la subclavia! ¡Yo quiero ir al Pacífico! ¡Yo quiero verlo!

—No tiene ninguna gracia, jefe. Explota en un globo y la nube de radioactividades va hacia arriba inmediatamente. No hay efectos inmediatos.

—¿Y si echamos a alguien para que se contamine?

—Así cambia la cuestión.

He pedido un informe inmediato sobre los judíos que me quedaban en el sótano. Quedaba uno. Le he



mandado llamar. Como siempre ocurre en estos casos penetra en mis aposentos cantando los salmos de David.

—Cambia el rollo, Levi.

Levi es casi un esqueleto con ojos grises. Se le transparentan hasta los cartilagos de la nariz.

—¡Asesino del pueblo escogido!

—Por fin terminarán tus sufrimientos. Te arrojaré en el epicentro de una explosión nuclear.

—La vida podéis quitarme, pero no más.

—Echale frase, échale, sefardita.

Pero hace unos minutos, Von Braun me ha dicho que la Embajada francesa me ha negado el visado, porque: «... se nota mucho quién es». Aún estoy bajo los efectos de la cólera. Acabo de ordenar que desaparezca el pan de la diaria ración de pan y agua

a la que tengo sometido al escasísimo Levi.

Adolfo

